

Solemnidad de la Ascensión del Señor A2020

Permítanme comenzar esta homilía con las palabras de san Pablo a los corintios (1 Cor. 15:14): "Si Jesús no resucitara de entre los muertos, nuestra fe sería vana". A estas palabras, puedo agregar esto: "Del mismo modo, si Jesús no resucitó de entre los muertos, no habría ascendido al cielo". Al combinar estas dos declaraciones, puedo decir que la resurrección de nuestro Señor y su Ascensión al cielo son como las dos caras de una misma moneda, que es la glorificación de nuestro Señor a la derecha del Padre.

La Ascensión de nuestro Señor Jesucristo al cielo es, de hecho, la coronación de los tiempos pascales y el comienzo de la peregrinación de la Iglesia en respuesta a la recomendación de nuestro Señor Jesús de llevar las Buenas Nuevas de salvación al mundo entero.

Como San Pablo afirma en la carta a los efesios, Dios ha ejercido su gran poder para resucitar a Jesús de la muerte. Al hacerlo, lo sentó a su diestra en los cielos, muy por encima de todos los ángeles, principados, potestades, virtudes y dominaciones, y por encima de cualquier persona, no solo del mundo actual sino también del futuro.

La resurrección y la Ascensión son dos momentos importantes del misterio de la vida de nuestro Señor. Al levantar a Jesús y al dejarle el trono a su derecha, Dios ha puesto todo debajo de sus pies. Lo ha hecho la cabeza de todo lo que existe en el universo, incluidos usted y yo, y la Iglesia, que es su cuerpo.

Para entrar en el misterio de la Ascensión de nuestro Señor, tenemos que pedirle a Dios que nos dé su espíritu de sabiduría y de reflexión para llegar a conocerlo verdaderamente. Tenemos que pedirle que ilumine los ojos de nuestros corazones para que podamos conocer la esperanza de nuestro llamado, la rica gloria de nuestra herencia y la grandeza de su poder que está más allá de todo. Entonces, podemos entender que Cristo que ha ascendido al cielo siempre está con nosotros ahora, en la era actual y en el momento presente en el que somos derrotados por el virus Corona.

Lo que tenemos hoy en los Hechos de los Apóstoles es la descripción de la vida de Jesús desde su comienzo, su muerte y su resurrección a la Ascensión en el cielo. El punto de Lucas al escribir esta historia es mostrarnos que Jesús es verdaderamente una persona histórica que, aunque era el hijo de Dios, vivió en este mundo, sufrió, murió, resucitó y finalmente regresó a su Padre en el cielo.

Dos momentos importantes cruzan la narrativa que Lucas da sobre la vida de nuestro señor Jesús, es decir, la promesa del Espíritu Santo y su consecuencia para la obra de la Iglesia. También la Ascensión nos guía a la segunda venida de Jesús.

En primer lugar, Jesús recomienda a los apóstoles que esperen la venida del Espíritu Santo. Esta recomendación es muy importante, porque el Espíritu Santo es el consolador que nos ayudará a caminar en los caminos de Jesús. También El es el cumplimiento de la promesa de la presencia de Jesús hasta el fin de los tiempos. El Espíritu Santo nos hace discípulos verdaderos y testigos que deben defender la certeza de Jesús en todo el mundo.

Segundo, Jesús advierte a los apóstoles sobre la especulación de la restauración del reino de Israel. La restauración de Israel es el símbolo de la restauración del reino de Dios. Para nuestro Señor, no sirve de nada saber el tiempo y la estación que el Padre ha establecido por su propia autoridad cuando su reino será restaurado. Este es un secreto y un misterio que le pertenece solo a él.

En esta perspectiva, lo que tenemos que hacer es mantener la vigilia y estar preparados para que en cualquier momento que nuestro Señor regrese no nos tome por sorpresa. Esta advertencia está presente incluso hoy. ¿Cuántas personas en nuestro mundo tratan siempre de violar el secreto de Dios al pretender predecir el fin del mundo y el regreso de Jesús? ¿No es una señal de que nosotros, los seres humanos, no respetamos la distancia entre Dios y nosotros?

Y sin embargo, como seres humanos, ignoramos tantas cosas que están en la mente y la naturaleza de Dios. El drama de nuestra generación es que simplemente no queremos confesar esta ignorancia. Queremos pretender siempre que sabemos incluso lo que no sabemos. Es como si al hacerlo nos volviéramos inteligentes. Sin embargo, la verdad es que no podemos ser inteligentes solo porque pretendemos saberlo. Dios es Dios y seguimos siendo seres humanos.

En la descripción de la Ascensión, las palabras de los ángeles a los galileos que estaban mirando a Jesús cuando ascendió son muy sorprendentes: "Hombres de Galilea, ¿por qué están parados allí mirando al cielo"? Estas palabras no son una felicitación sino un reproche.

¿Por qué tal reproche? Lo que los ángeles quisieran decir es que no se debe buscar a Jesús en el cielo. Más bien, tenemos que encontrarlo en nuestros compromisos en la sociedad y en las actividades de la vida. Ayudados por su palabra, tenemos que transformar el mundo y convertirlo en un lugar viable para cada uno de los hijos de Dios. Mientras vivamos, debemos ser activos en la transformación del mundo a través del poder de Jesús.

Este reproche aclara también el significado de la Ascensión. De hecho, la Ascensión no significa que Jesús ahora está escondido en las nubes del cielo, lejos de nosotros. Solo significa que nuestro Señor ya no está sometido a las limitaciones del tiempo, el espacio y el mundo material. Del mismo modo, el cielo no significa un lugar más allá del cielo, sino más bien un estado de bendición donde estaremos con nuestro Señor para siempre.

Es solo en este espíritu que podemos entender la misión que Jesús les da a los apóstoles en el Evangelio de hoy para hacer discípulos de todas las naciones, enseñarles y bautizarlos en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Esta misión tiene que ser continuada hoy por el trabajo de la Iglesia. Esta es nuestra misión como discípulos de Jesús. Tenemos que hacer que Jesús esté presente en el mundo y llevarlo a otros hasta el fin del mundo. Tenemos que continuar la obra de evangelización en el mundo para que la gente pueda conocer a Jesús y recibir la salvación eterna.

Oremos, hermanos y hermanas, para que el Señor resucitado pueda sin cesar ayudarnos a predicarlo al mundo con valentía, coraje y persistencia. ¡Que Dios bendiga el apostolado de la Iglesia y nuestros líderes! Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 1: 1-11; Efesios 1: 17-23; Mateo 28: 16-20



Fecha de la Homilía: el 24 de Mayo, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200524homilia.pdf